

Homilía de II Domingo de Adviento

Año litúrgico 2017 - 2018 - (Ciclo B)

“Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios”

Introducción

Actualmente, son muchos los rostros desconsolados. Para constatarlo solo es preciso caminar con los ojos bien abiertos a través de los barrios de nuestras ciudades, por los lujosos y por aquellos que vergonzosamente ocultamos, establecidos al margen de nuestras ciudades. Los desconsuelos tienen nombres, causas y densidades distintas: soportar día tras día el sinsabor de una vida sin sentido; no poder asegurar los elementales gastos cotidianos para vivir sobriamente; convivir con un cuerpo o una mente enfermos sin remedio; padecer el aparente silencio de Dios, su fingida malévolamente indiferencia. Y tantos otros desconsuelos...

La esperanza es el clima característico de Adviento. Se trata de una esperanza activa, adulta, que nacida de la confianza recia en la fidelidad amorosa de Dios, compromete al creyente a crear, colaborando con él, una “tierra nueva” y unos “cielos nuevos”. La Navidad que preparamos es la celebración de esta *novedad*, primicia del hombre nuevo.



Fr. Luis Carlos Bernal Llorente O.P.
Casa de la Santísima Trinidad (Montevideo-Uruguay)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 40, 1-5. 9-11

«Consolad, consolad a mi pueblo —dice vuestro Dios—; hablad al corazón de Jerusalén, gritadle, que se ha cumplido su servicio y está pagado su crimen, pues de la mano del Señor ha recibido doble paga por sus pecados». Una voz grita: «En el desierto preparadle un camino al Señor; allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios; que los valles se levanten, que montes y colinas se abajen, que lo torcido se enderece y lo escabroso se iguale. Se revelará la gloria del Señor, y la verán todos juntos —ha hablado la boca del Señor—». Súbete a un monte elevado, heraldo de Sion; alza fuerte la voz, heraldo de Jerusalén; álzala, no temas, di a las ciudades de Judá: «Aquí está vuestro Dios. Mirad, el Señor Dios llega con poder y con su brazo manda. Mirad, viene con él su salario y su recompensa lo precede. Como un pastor que apacienta el rebaño, reúne con su brazo los corderos y los lleva sobre el pecho; cuida él mismo a las ovejas que crían».

Salmo

Salmo 84, 9ab 10. 11-12. 13-14 R/. Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación

Voy a escuchar lo que dice el Señor: «Dios anuncia la paz a su pueblo y a sus amigos». La salvación está cerca de los que le temen, y la gloria habitará en nuestra tierra. R/. La misericordia y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan; la fidelidad brota de la tierra, y la justicia mira desde el cielo. R/. El Señor nos dará la lluvia, y nuestra tierra dará su fruto. La justicia marchará ante él, y sus pasos señalarán el camino. R/.

Segunda lectura

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pedro 3, 8-14

No olvidéis una cosa, queridos míos, que para el Señor un día es como mil años y mil años como un día. El Señor no retrasa su promesa, como piensan algunos, sino que tiene paciencia con vosotros, porque no quiere que nadie se pierda sino que todos accedan a la conversión. Pero el Día del Señor llegará como un ladrón. Entonces los cielos desaparecerán estrepitosamente, los elementos se disolverán abrasados y la tierra con cuantas obras hay en ella quedarán al descubierto. Puesto que todas estas cosas van a disolverse de este modo, ¡qué santa y piadosa debe ser vuestra conducta, mientras esperáis y apresuráis la llegada del Día de Dios! Ese día los cielos se disolverán incendiados y los elementos se derretirán abrasados. Pero nosotros, según su promesa, esperamos unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia. Por eso, queridos míos, mientras esperáis estos acontecimientos, procurad que Dios os encuentre en paz con él, intachables e irreprochables.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 1, 1-8

Comienza el Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. Como está escrito en el profeta Isaías: «Yo envío a mi mensajero delante de ti, el cual preparará tu camino; voz del que grita en el desierto: “Preparad el camino del Señor, enderezad sus senderos”». Se presentó Juan en el desierto bautizando y predicando un

bautismo de conversión para el perdón de los pecados. Acudía a él toda la región de Judea y toda la gente de Jerusalén. Él los bautizaba en el río Jordán y confesaban sus pecados. Juan iba vestido de piel de camello, con una correa de cuero a la cintura y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. Y proclamaba: «Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo y no merezco agacharme para desatarle la correa de sus sandalias. Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo».

Pautas para la homilía

Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios.

Este ha de ser hoy, me parece, el tono de nuestra predicación. Que sea una palabra cálida, restauradora, compasiva, dirigida “al corazón”, aconseja Isaías. Los motivos de esta consolación son –aclara él mismo- que Dios nos ha perdonado y ha pagado nuestra culpa. Este tono, que propongo para nuestra predicación, es muy oportuno para este Adviento 2017.

Actualmente, son muchos los rostros desconsolados. Para constatarlo solo es preciso caminar con los ojos bien abiertos a través de los barrios de nuestras ciudades, por los lujosos y por aquellos que vergonzosamente ocultamos, establecidos al margen de nuestras ciudades. Los desconsuelos tienen nombres, causas y densidades distintas: soportar día tras día el sinsabor de una vida sin sentido; no poder asegurar los elementales gastos cotidianos para vivir sobriamente; convivir con un cuerpo o una mente enfermos sin remedio; padecer el aparente silencio de Dios, su fingida malévolas indiferencia. Y tantos otros desconsuelos...

Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos

El Adviento no es, a pesar de todo, un tiempo para cruzar los brazos, dejarlos caer, y quedarse en el lamento, sin consuelo. Isaías y Juan el Bautista nos urgen a trabajar, a emprender una obra de reconstrucción: trazar en la estepa un sendero para el Señor, llenar los valles y aplanar montañas y colinas, convertir en llanuras los terrenos escarpados... ¡Toda una obra de ingeniería a lo divino!

No cabe duda de que nuestro mundo necesita ser reconstruido para que aparezcan la tierra y los cielos nuevos, para del caos informe surja un cosmos bello. El mundo está demasiado agrietado y roto, la brecha entre ricos y pobres se agranda, los excluidos siguen permaneciendo al margen, la creación grita con dolores de parto por estar sometida al despilfarro y al desequilibrio. Y la comunidad humana está maltratada por la rivalidad, el egoísmo, por la tiranía del poder y la inapetencia por la gratuidad. Hemos de colaborar con el Creador a reconstruir el mundo.

Súbete a lo alto de un monte, tú que llevas la buena nueva a Sión y levanta con fuerza tu voz

Sí, hay que subir a una montaña alta y gritar: “¡Aquí está tu Dios!”. Subir a lo alto de un monte no es ausentarse cobardemente del mundo o alejarse de los peregrinos que caminan a su aire buscando sus destinos; subir a lo alto de un monte es tratar de ver mejor, con mayor precisión y perspectiva; es encontrar la atalaya desde donde el mensaje puede ser mejor escuchado. “Gritar”, “alzar la voz”, “gritar en el desierto” es el timbre de la voz profética, de la voz de adviento.

Preparar la Navidad para los desconsolados

Eso, solo lo saben hacer quienes creen en el nacimiento de la Palabra hecha carne, porque la navidad sin el nacimiento de Jesús sería una contradicción que agrandaría el desaliento de los desconsolados. Las calles de nuestras ciudades, ataviadas ya de luces de colores, de estrellas y de papás Noel con sus largas barbas anuncian unas navidades sin que el Niño nazca. Además de desconsuelo pueden acabar tristemente en amarga frustración.

La única Navidad que consuela es la verdadera. Esa que los profetas señalan con la palma de sus manos, gritando “Aquí está tu Dios” y señalan el rostro del niño recién nacido en el portal de Belén. Pero, el “portal” ya no es hoy solamente María, José y el niño, el buey y la mula. Es el barrio pobre que aplaude a la luz nueva, el corazón que perdona a quien le hizo daño y heridas, la violencia que da paso a la paz, los alejados que se abrazan. Es Dios que a todos nos abraza en su Hijo. Nos quedan varias semanas para preparar la Navidad verdadera, la que en verdad consuelo.



Fr. Luis Carlos Bernal Llorente O.P.
Casa de la Santísima Trinidad (Montevideo-Uruguay)

Evangelio para niños

II Domingo de Adviento - 10 de diciembre de 2017



Predicación de Juan el Bautista

Marcos 1, 1-8

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

Comienza el Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. Está escrito en el profeta Isaías: Yo envío a mi mensajero delante de ti para que te prepare el camino. Una voz grita en el desierto: Preparadle el camino al Señor, allanad sus senderos. Juan bautizaba en el desierto: predicaba que se convirtieran y se bautizaran, para que se les perdonasen los pecados. Acudía la gente de Judea y de Jerusalén, confesaban sus pecados y él los bautizaba en el Jordán. Juan iba vestido de piel de camello, con una correa de cuero a la cintura, y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. Y proclamaba: - Detrás de mí viene el que puede más que yo, y yo no merezco agacharme para desatarle las sandalias. Yo os bautizo con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo.

Explicación

Juan Bautista fue un judío del tiempo de Jesús, primo suyo, que tenía muy buena fama por su sinceridad y sencillez. No hacía la pelota a nadie. Además realizó una misión muy importante, preparando los corazones de sus paisanos para que acogieran a Jesús diciéndoles que era, sin duda, el mejor y a quien debían conocer y querer.